

16.87

# CASCOS

Y

# MANTOS GUERREROS,

PROCEDENTES DE LAS ISLAS DE SANDWICH,

CONSERVADOS

EN LA SECCION ETNOGRÁFICA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL;

MONOGRAFÍA POR

DON JUAN SALA,

Del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, y Jefe que ha sido de aquella Seccion.



(1)

La historia de las razas que pueblan aquellas regiones de nuestro globo, á que los naturalistas atribuyen un origen relativamente moderno, se encuentra, en lo general, llena de oscuridades y misterios, que sólo el tiempo y los progresos de la ciencia llegarán un dia á descubrirnos. Esta esperanza es tanto más legítima, cuanto que la ciencia, además de los medios que en sí misma encierra, y con los cuales penetra, cada vez más osadamente, en los abismos de lo pasado y de lo porvenir, cuenta, por lo que se refiere á esta materia, con guías y auxiliares poderosos, cuales son las producciones de la actividad humana en todas las épocas y en todos los países del globo; producciones que llevan en sí, no sólo el sello de las inclinaciones y necesidades del hombre en todos los estados por que ha pasado, sino tambien el particular de la raza de que proceden; permitiendo así que el hombre estudioso pueda, de analogía en analogía, y de deducción en deducción, reconstruir el pasado en aquellos pueblos, cuya historia es todavía para nosotros un enigma.

¿Quién al contemplar la sombría magnificencia de los monumentos producidos por los dos grandes imperios que un dia florecieron en ambas Américas, no recuerda involuntariamente á la India y al Egipto? Aquellas inmensas moles de piedra, aquellas figuras colosales, aquella rica ornamentacion, aquellos caracteres simbólicos, todo contri-

(1) *Calarag* (lengua bisaya). Escudo de madera de los pueblos del archipiélago de Filipinas, traído por Malaspina en Mayo de 1795. Este escudo se puso, adornando la inicial de una monografía, escrita por D. Florencio Janér, encontrándose lejos de España en su viaje á Oriente el Director de este MUSEO, dándole por equivocacion en la nota el calificativo de «Máscara teatral americana.» El adorno que tiene, representando un rostro humano, pudo hacer que cayese en este error quien tal pusiera; pero tan pronto como regresó el citado Director, dispuso la publicacion de una lámina de la verdadera máscara americana, que en el Museo se conserva, con otras análogas, cuya lámina va al frente de dicha monografía, tomo I, pág. 401.—  
*Nota de la Direccion.*

buye á producir una semejanza y analogía imposibles de desconocer; y estimaríamos temerario el afirmar que esta comparacion no sea el punto de partida para ver más tarde confirmada la opinion que tímida y vagamente se ha enunciado ya, acerca de que el continente descubierto por Colon tuviera por primeros pobladores colonias asiáticas ó africanas.

Pero no es sólo en el territorio ilustrado por Motezuma, ni en aquel en que los Incas llevaron á cabo sus épicas hazañas, donde el observador encuentra la huella de las civilizaciones del antiguo mundo. En medio del Océano inmenso, en islas desconocidas para Europa hasta las épocas más recientes, entre razas que, apenas salen del estado primitivo, aparecen de improviso irrecusables pruebas de que en tiempos remotos, y en virtud de acontecimientos imposibles de determinar hoy, ha existido, más ó ménos momentáneamente, contacto ó relacion entre los pueblos, entre las razas más distintas y más lejanas; se han acometido empresas gigantescas; expediciones atrevidas, de que sólo queda como testimonio dudoso, alguna huella fugaz y medio borrada, si bien bastante para que con el tiempo pueda llegar á convertirse en dato importantísimo, en luz brillante, para iluminar los descubrimientos de la ciencia.

Cuando se visita el Museo Arqueológico de Madrid, y se recorren con la vista las curiosas y extrañas colecciones de objetos oceánicos, en su mayor parte formadas en los viajes científicos hechos en últimos años del siglo pasado y primeros del presente, llaman singularmente la atencion varios cascos ó morriones usados por los guerreros ó caciques de las islas de Sandwich, de Owyhee ó Havai, archipiélago célebre por haber perecido en él Cook, el navegante inglés, que habia hecho su descubrimiento en 1778. Estos cascos, en union con varios mantos guerreros y otros objetos curiosos de las mismas islas, debieron ser recogidos sin duda por la expedicion que mandaba el Marqués de Malaspina, y entregados á las autoridades de las posesiones españolas del N. O. de América, pues que aparecen remitidos en 1789 por D. Estéban José Martínez, comandante del puerto de San Lorenzo de Nutka, y recibidos en Madrid al siguiente año de 1790, con destino al Gabinete de Historia Natural (1).

El carácter más notable de estos cascos, el que hace que el observador se quede á su aspecto lleno de admiracion y absorto en profundas reflexiones, es precisamente su forma, idéntica en un todo á la del casco griego ó etrusco. Es verdad que no entran en su composicion el bronce, ni el hierro, el cuero, ni el asta, ni siquiera la piel del tigre ó de la serpiente, materias con que han adornado y defendido sus cabezas los guerreros de otros tiempos y otros países; es verdad asimismo que en su construccion no ha intervenido el martillo, ni el fuego, ni los otros mil medios empleados por el hombre en todas épocas para confeccionar sus armas defensivas. Una fibra vegetal (2) y la débil mano de la mujer han bastado á formar aquel tocado, que en union de los espléndidos mantos cubiertos de brillante pluma, formaban el distintivo especial de los jefes de aquellos guerreros.

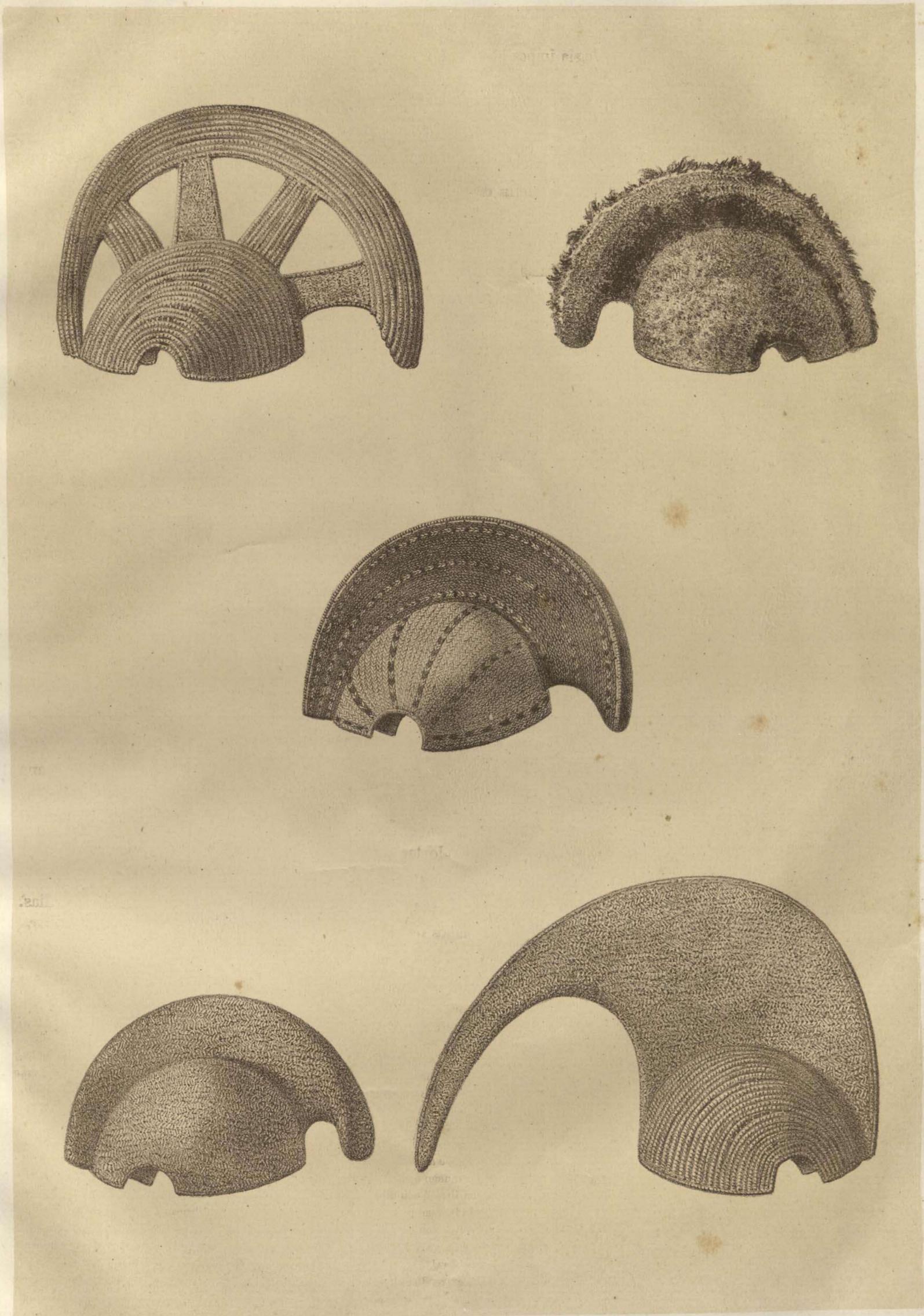
«El vestido de los soldados, dice un viajero describiendo las costumbres de aquellos insulares, se componia del *maro*, especie de ceñidor. Los jefes llevaban cascos y mantos cubiertos de plumas amarillas y rojas, dispuestas en *losanjes* (romboides) y con mucho arte. Sólo el rey tenía el derecho de llevar un manto de plumas amarillas. *Los cascos eran de forma griega*, y coronados de penachos de diferentes colores. Los guerreros célebres y los jefes

(1) Entre los documentos relativos al gabinete de Historia Natural, que se custodian en el Archivo General central, seccion de Instruccion pública leg. 625, se encuentra el siguiente: Memoria de lo que contiene el cajon rotulado al Serenísimo Señor Príncipe de Asturias, de las curiosidades que tejen los indios de las Islas de la Meza ó de Sandwich, que se hallan situadas á los 48° 40' al O. del meridiano de San Blas. I.° Dos mantos tejidos de una pluma muy fina, de color de carmin y amarillo, de los que usa *Tayana*, rey de la isla de Owihee. II.° Dos esclavinas para mujer, de la misma pluma. III.° Dos ahogadores para mujer, id. IV.° Un abanico de lo mismo. V.° Una carpeta tejida de plumas, con listas encarnadas, amarillas y negras. VI.° Tres gorras hechura de morrion, de la misma pluma, diferentes unas de otras. VII.° Tres pajaritos muertos, los dos encarnados y otro negro, que es de lo que se tejen los mantos, esclavinas y demás curiosidades de los referidos naturales de las islas de la Meza.

Todo lo cual, en union de algunas monedas, fué remitido por D. Estéban José Martínez, comandante del puerto de San Lorenzo de Nutka, en 9 de Julio de 1789, y recibido en el Gabinete de Historia Natural, en 4 de Marzo de 1790.

(2) Véanse las noticias que acerca de esto encontramos en la *Historia de la Oceanía* de S. D. Rienzi, t. II, p. 42; edicion de Barcelona, 1846:

«La pesca, el cultivo y la fabricacion de armas se han perfeccionado mucho desde la llegada de los europeos. Los hombres son los que se cuidan de estas cosas; las mujeres se ocupan en la fabricacion de esteras, que son lisas ó con dibujos, segun el método adoptado para el tejido. Las esteras más bastas sirven de velas á las piraguas, otras sirven de alfombras, y hasta forman mantos, cajas y cestos. Las mujeres fabrican además, con las hojas del *dracano*, cestos, abanicos, cascos de esquisita labor, y los preciosos mantos con que se engalanan los jefes en las grandes festividades. La fabricacion de tejidos es, entre todos los trabajos de la mujer, el más importante, y exige diversos procedimientos, generalmente muy complicados. El más largo consiste en reducir á filamentos el liber del *moral papelerero* (*morus papyrifera*). Para ejecutar esta operacion, quitan la corteza que han de macerar en agua durante cierto tiempo; luego la corteza interior, separada en cintas, se extiende uniformemente sobre una tabla que forma plano inclinado y se machaca con mazos redondeados ó prismáticos, segun el grado de finura que quieran dar á la tela. Así preparado, este hilo vegetal se expone al aire libre sobre arzas, y adquiere secándose grandísima blancura. Para darle color, lo empapan con jugos extraídos de varios vegetales, y realzan sus matices con barniz brillantísimo. En este estado sirve para la fabricacion de las telas más finas.»



Teruel dib<sup>o</sup> y lit<sup>o</sup>.

Lit. de J. M. Mateu Calle de Recoletos 4.

CASCOS DE LOS GUERREROS DE SANDWICH.  
Formados de juncos y adornados de plumas.  
(Museo Arqueológico Nacional)

*Lomo Fe*

de segunda clase, llevaban solamente la banda de plumas matizadas. Además del manto de plumas, otro distintivo de los jefes era una gola, llamada *parowa*, pendiente de una trenza de cabellos » (1).

Pero si la materia de que han sido formados aquellos cascos se diferencia totalmente de la empleada en los que parecen haberles servido de modelo, en cambio, esta semejanza es tal, que la imaginación y la razón rechazan como inadmisibles la idea de una coincidencia puramente casual. Siéntese uno arrastrado á afirmar que los primeros que se adornaron con aquella insignia guerrera, debieron forzosamente tener á su vista el casco de un soldado griego ó etrusco. Y sin embargo, ¿en qué fundamento sólido puede apoyarse esta opinión? Ninguno existe que pueda pasar de la categoría de *indicio*.

Conviene, no obstante, dejar sentado que no es este el solo *indicio* en que pudiera apoyarse la opinión que atribuyese á aquellos insulares cierto conocimiento de los pueblos antiguos, de quienes parecen haber copiado un atributo guerrero. Los que conocen algún tanto la historia de la raza que puebla aquel archipiélago, refieren ciertas prácticas, ceremonias y costumbres, en todas las cuales se descubre un marcadísimo carácter antiguo. El viajero que ántes hemos citado, y cuyo testimonio habremos de invocar repetidas veces en el curso de este relato, describe en los siguientes términos diferentes juegos que presencié:

«La mayor parte de los juegos de aquellos isleños, dice, consistían en ejercicios gimnásticos, en los que desplegaban una fuerza y agilidad asombrosa. Conocían el columpio, el juego de los cinco bolos, conocido en la India y en Europa, y que consistía en mantener siempre en movimiento cinco bolas, que el jugador recibe y despide sucesivamente, formando una especie de cascada sobre su cabeza. Tenían otro juego, muy semejante al de los antiguos gimnasios griegos, y que consistía en sostenerse el mayor tiempo posible, y con un solo pié, sobre una piedra redondeada y perfectamente lisa. Pero el juego predilecto de los jóvenes era la carrera, que daba lugar á muchísimas apuestas, y les permitía desarrollar todo su vigor y agilidad. El espacio recorrido era bastante limitado al principio, pero después se dilataba en razón al número de adversarios que se retiraban vencidos; por fin, en la última prueba, el vencedor, bañado en sudor y sin aliento, era aclamado y ganaba la apuesta.»

No es ménos notable y curiosa la descripción que hace de las ceremonias que precedían y acompañaban á las declaraciones de guerra, y á la manera de conducir ésta, todo impregnado de ese carácter de marcada antigüedad.

«Cuando se acordaba la guerra, prosigue, reuníanse en el templo los sacerdotes y los guerreros, y allí conducían víctimas. En las circunstancias ordinarias, bastaban al efecto gallinas y cerdos; pero en los peligros apremiantes, en las guerras lejanas, había de correr sangre humana indefectiblemente. Los prisioneros hechos en las últimas guerras, y en su defecto, los delincuentes que se hallaban en las cárceles, eran llevados á los sacrificadores. Arrastrados al pié del ara, recibían la muerte por medio de un golpe de mazo en el cráneo. Sacrificábanse á veces diez y hasta veinte víctimas humanas, al mismo tiempo que muchos animales; y de los despojos amontonados, arrancaban los sacerdotes las entrañas palpitantes para leer en ellas la voluntad de los dioses y anunciar sus oráculos. Según sus respuestas, se resolvía la guerra ó se aplazaba.

»En el primer caso, los sacerdotes y los guerreros reunidos, discutían y arreglaban entre sí el número de guerreros necesarios, la época en que se los debía llamar y la marcha que habían de seguir. Cada guerrero debía traer sus armas y sus víveres. El mando en jefe del ejército pertenecía al rey, ó á un jefe que el rey nombraba. Cada jefe mandaba los soldados que eran vasallos suyos. En los casos de levantamiento en masa, recorrían la isla ciertos mensajeros llamados *rere*, cuya agilidad era tal, que desempeñaban su encargo en ocho ó nueve días, á pesar de los descansos que debían hacer y los rodeos á que les obligaban los accidentes del terreno. Como el valor era la virtud principal entre aquellos pueblos adolescentes, eran pocos los isleños que no acudían al llamamiento. Por otra parte,

(1) RIENZI, *Historia de Oceanía*, tomo II, pág. 44. En otro lugar (pág. 50), dice sobre el mismo asunto lo siguiente:

«La vestidura de los habitantes de Havai ha sufrido una completa modificación, y principalmente el uniforme del ejército, que es enteramente europeo. A la llegada de Cook, el *maro* era el único vestido de los hombres del pueblo y de los jefes subalternos. El de las mujeres consistía en una especie de tela dispuesta según el gusto ó capricho de cada una, ya cubriendo la cabeza y levantando los pechos, ya únicamente rodeando el cuerpo. Sólo los jefes superiores tenían el derecho de llevar un manto ó una estera, fabricada con la tela del país, y sujeto á la espalda. En las grandes festividades y en los días de combate, se adornaban con el manto de plumas. Ambos sexos iban ordinariamente descalzos. Pero cuando tenían que andar largo tiempo sobre la roca de coral que forma la base de aquellas islas, usaban sandalias hechas de la fibra que cubre el coco. Sólo los jefes llevaban cascos de guerra. Los demás no tenían otro tocado sino sus propios cabellos, que arreglaban de diversos modos. Unos los llevaban largos y extendidos; otros los trenzaban, y otros, en fin, no conservaban más que una banda de cuatro dedos de ancho, que se extendía desde la frente hasta el occipucio, imitando la cimera de un casco. El resto de la cabeza iba afeitado.»

habia un oficial, llamado Uru-oki, encargado de vigilar á los rezagados, y si encontraba alguno, le hendía y hasta le cortaba la oreja, estampándole de este modo una marca de infamia indeleble. En seguida le conducian al campamento con una soga alrededor del cuello. . . . .

» Unos sacerdotes llevaban á la cabeza del ejército la estatua del dios de la guerra, del terrible TAIRI. Consultábase nuevamente á los *augures*, quienes daban las respuestas de los dioses, *despues de examinar las nubes y las entrañas de las victimas*. El rey arengaba al ejército; en seguida cada jefe alentaba á sus soldados y se preparaban á la pelea. . . . .

» El ejército se formaba en batalla y se dividía en centro y en alas, dispuestas de modo que, cuando habian emprendido un movimiento, tomaba la forma de media luna. Los honderos y lanceros ocupaban la primera línea. Rara vez empezaba el combate por una accion general. Despues de haberse observado algun tiempo y haberse armado emboscadas mutuamente, solia salir un guerrero de las filas y desafiaba á un adversario del campo enemigo. Contestaba otro guerrero al llamamiento, y en presencia de ambas huestes, cada una de las cuales hacia votos por su combatiente y le animaba con sus gritos, se trababa una lucha terrible, encarnizada, que no podia teminar sino con la muerte de uno de los dos campeones. Cada movimiento, cada grito de un guerrero, llevaba á su campo la esperanza ó el terror, hacia estremecer y rugir alternativamente á entrambas huestes, por cuanto del éxito de aquella lid dependia muchas veces el de la batalla. A veces empezaban el combate en varios puntos de la línea con peleas parciales; y cuando despues de algunos dias seguidos de aquellas luchas aisladas no habia ventaja bien señalada por ningun bando, se presentaba un enviado, empuñando una rama de palma ó de *ti*, y portador de palabras de paz. Entónces se reunian los jefes, y se acordaba poner término á la guerra; pasaban al templo, donde inmolaban un lechon, cuya sangre regaba el suelo; luégo, en presencia de ambos ejércitos, tejian los jefes una corona de *mairi*, planta olorosa, la depositaban en el templo, y sellaban la conciliacion con danzas, banquetes y fiestas, á que asistian confundidos ambos partidos.

» Cuando tras de encuentros parciales ó al primer choque se generalizaba la accion, trabábase entónces una batalla furiosa, que muy pronto se extendia por toda la línea. La reserva, compuesta ordinariamente de los guerreros más aventajados, no se presentaba por lo general sino en el momento á propósito para decidir la victoria. En algunas circunstancias las tropas se retiraban por ambas partes; otras veces quedaba dudoso el resultado por unos cuantos dias consecutivos; pero lo más frecuente era que uno de los dos partidos quedase dueño del campo de batalla; y los vencidos, abandonando sus armas, huian perseguidos por los vencedores, que si los alcanzaban, los hacian prisioneros y los conducian al campamento; allí la vida y la libertad de los prisioneros se hallaban completamente á merced del rey y de los jefes...

» Despues de una batalla, el partido vencedor enterraba únicamente á los suyos, abandonando insepultos los cadáveres enemigos. El reparto de la presa se hacia entre los guerreros vencedores en proporcion de su gerarquía; y los prisioneros, las mujeres y los niños, reducidos á la condicion de esclavos, tenian que trabajar por cuenta de sus nuevos amos » (1).

La intervencion de los augures, la consulta de las entrañas de las victimas, la distribucion y clasificacion de los combatientes de un ejército, el reparto y esclavitud de los vencidos, son otras tantas prácticas que en medio de una sociedad casi salvaje y de costumbres en general propias del estado primitivo, parecen confirmar la opinion de un conocimiento vago y remoto de los pueblos de la antigüedad. ¿Pudo existir este conocimiento? ¿Hay algun hecho histórico en que pueda apoyarse tal suposicion? La historia de las antiguas expediciones marítimas nada nos dice sobre este punto; por el contrario, la creencia de que las columnas de Hércules eran el límite del mundo conocible, tiende á establecer la conviccion de que jamás una nave partida del antiguo continente se lanzó á cruzar los Océanos inmensos, ni á doblar los grandes cabos, hasta los tiempos modernos, en que el génio hispano-lusitano acometió esta atrevida empresa y paseó gloriosamente los pabellones de ambas naciones, descubriendo un mundo igual ó superior al antiguo en belleza y extension.

Vedado nos está, por lo tanto, salir del terreno de las conjeturas, ni apreciar los hechos en que hemos insistido de otro modo que como *indicios*. Pero si la falta de medios mejores, y sobre todo nuestra insuficiencia, nos impiden

(1) RIENZI, *Historia de la Oceania*, tomo II, pág. 44 y siguientes.

formular en esta cuestión una opinión determinada, no creemos inútil del todo la tarea que nos hemos impuesto de acumular datos, que otras inteligencias más claras podrán utilizar, hallando la clave de un enigma para nosotros indescifrable.

Entre la serie de maravillas y fábulas que constituyen la historia de los primitivos tiempos del pueblo que estudiamos, se encuentra repetido el hecho de la aparición de hombres blancos en aquellas islas desde las épocas más remotas.

Segun opinión de una parte de los sacerdotes, depositarios, allí como en otras partes, de las tradiciones de la antigüedad, el primer habitante de aquella islas era de origen celeste; descendía de *Haumea*, divinidad benéfica y del sexo femenino. Segun otros sacerdotes, *Akea*, divinidad intermedia entre los dioses y los hombres, era el padre de la población y el tronco directo de sus reyes. Pero la opinión ménos inverosímil, despojada de lo maravilloso que la rodea, es que los habitantes primitivos llegaron en una piragua de *Taiti*, esto es, de *léjos*; véase lo que añadia la tradición:

«En los tiempos más remotos, en la época en que el Océano cubria todo el espacio, se posó sobre las aguas una ave descomunal, y puso un huevo, el cual, fecundado sin duda por el sol, produjo á Havai. Llegaron luégo en una piragua procedente de *Taiti*, un hombre, una mujer, un cerdo, gallinas y un perro. Estableciéronse en la costa oriental de la isla principal, y se entendieron amistosamente con los dioses y con los espíritus, únicos que poblaban á la sazón las cumbres de los peñascos y de las montañas, llamadas islas Havai. Segun las tradiciones de Oahu, un diluvio sumergió aquel grupo de islas, á excepcion de un pico llamado Muna-kea. Allí pudieron salvarse algunos individuos, y aquel residuo de una población tragada por las ondas, sirvió de gérmen á la población actual. Un sacerdote de Havai, llamado Kama-Pii-kai, colonizó á *Taiti*. Bajo el reinado de Kahu-kapu, se erigió el famoso templo de Makini, edificado por un *kauna* ó sacerdote extranjero llamado Paoa, que fundó allí su culto. Aquel sacerdote *era un hombre blanco*, que llegó de países lejanos con dos dioses, grande el uno, y el otro pequeño, los cuales fueron luégo contados en el número de los de la isla, y adorados en el templo de Makini. Aquel sacerdote, entre otros hechos maravillosos, cuenta el de haber curado con sus oraciones á uno de los hijos de Kahu-kapu. A Paoa sucedió su hijo Opiri, y sirvió de intérprete al rey en otra aparición de los blancos en la isla.

»Cerca del templo, segun las tradiciones, habitaba el hermano de Kana, gigante que viajaba de una en otra isla andando por el mar. Muchas veces se mantenía con un pié en Oahu y otro en Havai. Entre los hechos extraordinarios que se le atribuyen, suelen los isleños repetir el siguiente: «Un día que los havaianos habían ofendido al rey de *Taiti*, éste, para castigarlos, les privó del sol. Espantados con las tinieblas que cubrían la isla, los habitantes invocaron al hermano de Kana, y le rogaron fuese á *Taiti*, donde residía Kohoa-Arii, el dueño del sol. El gigante se calzó sus mejores botas, fué á ver á Kohoa-Arii, y alcanzó de él que devolviera el sol á los havaianos; y para evitar en adelante igual desgracia, clavó el astro en el cielo, de donde no ha vuelto á moverse.»

En medio de estas alegorías se adivina una tradición verdadera. Aquel hombre que atraviesa el mar, aquella luz clavada en las islas, todas estas fábulas demuestran una civilización antigua y un conocimiento inmemorial del arte de la navegación.

Aun podemos citar otra fábula tradicional del mismo carácter, y téngase presente que seguimos copiando las relaciones del viajero ya citado:

«Un jefe, llamado Rono-Akua, que había sido divinizado por la superstición de sus compatriotas, se había desterrado voluntariamente, anunciando en tono profético que volvería un día en una isla flotante, trayendo cocoteros, cerdos y perros; y cada año era Rono esperado como un dios protector; siendo objeto de una fiesta general que mantenía el recuerdo de su promesa, y en la cual se celebraban juegos bastante análogos á los de la antigua Grecia; la lucha, la carrera, el pugilato, el combate con jabelina, eran allí, como en otro tiempo en Olimpia, ejercicios públicos, en los cuales se conferían premios con toda solemnidad á los vencedores» (1).

No juzgamos tampoco fuera de propósito añadir á estas oscuras y dudosas tradiciones de los tiempos heroicos, el retrato de un personaje, cuyo carácter tiene también mucho de heroico y de legendario, que hizo gran papel en todos los sucesos que acompañaron á las relaciones entabladas entre la población del archipiélago de Sandwich y

(1) RIENZI, *Historia de la Oceanía*, tomo II, pág. 54 y siguientes.

todos los viajeros europeos que arribaron á aquellas islas en los últimos años del pasado siglo, y fué además el héroe principal de ciertos acontecimientos más ó ménos trágicos. Llamábase *Tai-ana*, y era el jefe más distinguido de los ejércitos de *Tamea-mea*, en un principio rey de la isla de Ovyhee, en que fué muerto Cook, y más adelante soberano de todo el archipiélago. La importancia de *Tai-ana*, sus oficiosas relaciones con todos los navegantes, y sus constantes esfuerzos para usurpar el poder, fueron causa de que algunos viajeros le llamaran rey, contándose entre éstos el gobernador español de Nutka, que remitió las curiosidades procedentes de aquellas islas; pero esta afirmación es errónea.

Véase el retrato que hace de *Tai-ana* el viajero é historiador francés Rienzi:

«El capitán inglés Meares, que visitó las islas por los años de 1786 y 1787, llevó luego á Macao á *Tai-ana*, uno de los más célebres generales de *Tamea-mea*, el cual era buen mozo; tenía cinco piés diez pulgadas de estatura; era de semblante agradable, de carácter blando y justo; estaba dotado de gran inteligencia, y sabía conservar siempre moderación y decoro. Hallábase un día asistiendo á un banquete con que Meares obsequiaba á sus oficiales; algunos chinos miserables mendigaban al rededor del barco las migajas del banquete, pero eran rechazados brutalmente por los marineros con aplauso de los oficiales; *Tai-ana* se manifestó vivamente conmovido, y dirigiéndose al capitán y á los convidados, exclamó: «¿Por qué tolerais esa injusticia? Vosotros teneis más de lo que necesitais; dad, pues, alguna cosa á esos desdichados que están pereciendo de hambre; es una crueldad dejar perecer de ese modo á los hombres. En Havai nadie tiene hambre ni mendiga; la tierra dá lo bastante para alimentar á naturales y extranjeros» (1).

Otras noticias, sin embargo, pintan por el contrario á este jefe como dotado de un carácter turbulento y feroz, devorado por la ambición de poder, y dispuesto á conquistarle y á engrandecerse por cualesquier medios. Él dispuso la captura por traición de los barcos mercantes americanos *Leonor* y *Bella Americana*, contra la voluntad del rey *Tamea-mea*, que, no obstante, por debilidad, careció de la energía necesaria para estorbar resueltamente ó castigar con severidad aquellos actos vandálicos. El mismo historiador á que nos referimos lo reconoce así en el siguiente relato:

«Había entónces, dice, en la córte de Havai, dos bandos distintos. El primero tenía por jefe á *Tai-ana*, que se había adquirido gran reputación de valor entre los esforzados guerreros de Havai. Ambicioso, violento é iracundo, pero valiente, osado y de una actividad prodigiosa, *Tai-ana*, verdadero forbante, no veía porvenir, ni civilización, sino en la fuerza y la guerra. Elocuente y persuasivo, había unido á su partido á sus dos hermanos, *Noma-Taha* y *Tamea-Motu*, y según parece, por consejo suyo se apoderó este último de la *Bella Americana*.

»Soñando, mucho tiempo hacía, con la conquista del archipiélago, no veía más medio para conseguirlo, que procurarse barcos de guerra y armas de fuego; así que, mientras estaba invernando la *Leonor*, había propuesto apoderarse de este barco, y después renovó la proposición respecto de la *Princesa Real*, barco inglés apresado por los españoles.

»El otro bando estaba representado por el rey mismo y por varios jefes de nota, como *Kiai-Moku*, *Kara-Hairo* y *Karai-Mamahú*. Aquel rey, poco conocido en Europa, pero muy apreciado por los navegantes que tuvieron contacto con él, fué para las islas Havai una especie de Pedro el Grande. Valeroso y elocuente como *Tai-ana*, superaba á este jefe en las prendas eminentes que distinguen á un legislador. De ánimo recto y firme, había comprendido que sustituyendo la bondad á la violencia, se granjearía indudablemente el afecto de sus súbditos. Dotado de un talento político notable, adivinó que para hacer aceptar las reformas ó innovaciones que intentaba, era preciso empezar por establecer la justicia y la lealtad en las instituciones y en las costumbres, en vez del fraude y el robo que habían imperado. Así fué, que se opuso constantemente á los temerarios proyectos del bando contrario» (2).

Sus adversarios le suscitaron dificultades continuas y esto produjo guerras largas y sangrientas entre *Tamea-mea* y los reyes de las otras islas del archipiélago. En 1792, época en que visitó por primera vez las islas de Sandwich el navegante inglés Vancouver, estaba declarada la guerra entre *Tamea-mea*, que reinaba en la isla de Havai, y los reyes de Oahu y Tawai, el primero de los cuales era *Tri-teri*, y el segundo el joven *Taumú-arii*, en cuyo nombre gobernaba

(1) RIENZI, *Historia de la Oceanía*, tomo II, pág. 60.

(2) Idem, *Id. id.*, tomo II, pág. 61.

su pariente Enemo. Comprendiendo Tamea-mea las ventajas que podía reportar de una alianza con cualquier nacion poderosa de Europa, para vencer á sus enemigos, y llevar adelante sus proyectos de engrandecimiento, se apresuró á recibir con todo género de obsequios y agasajos al célebre marino inglés, el cual se encontró involuntariamente y y desde un principio convertido en árbitro de las contiendas del país, porque los reyes contrarios á Tamea-mea no se descuidaron tampoco en hacer esfuerzos de todo género para conquistarse las simpatías del navegante. Otro tanto sucedió con los que formaban el partido de oposicion en el reino mismo de Tamea-mea; así fué que, tras la visita del monarca, recibió Vancouver la de Tai-ana, y su hermano Tamea-mutu, que se le presentaron con la mayor arrogancia, y haciendo alarde de un poder muy superior al que tenían. Véase en qué términos refiere él mismo la impresion que le hizo Tai-ana, y las noticias que recogió acerca de este guerrero:

« Varias piraguas que se habian lanzado al mar durante la mañana (2 de Marzo de 1792) bogaban en pos de nosotros; mandé poner al paio con objeto de esperarlas, y no tardé en recibir la visita de *Tai-ana*, famoso jefe de aquellas islas, de quien se habla largamente en el viaje de M. Meares. Le recibí con las consideraciones debidas al carácter estimable que se le atribuía, y que se demostraba en parte por el interés agradecido que manifestaba hácia su protector. Pareció que deseaba terminar pronto el cambio recíproco de atenciones, y se apresuró á informarnos de que, desde su regreso de *China*, habia residido en Owyhee, donde ocurrieron conflictos sangrientos, combatiendo él en el bando de Tamea-mea, contra Timau-hiri, el cual, segun pudimos comprender, desde la muerte de Tiri-bu, habia compartido la autoridad soberana con *Tamea-mea*. Dijonos que la muerte de Timau-hiri, acaecida en una batalla, y á manos de Tai-ana, habia decidido la victoria completa; y que en seguida, él y su aliado convinieron repartirse el gobierno de la isla, que Tamea-mea poseyó la soberanía de los tres distintos del Norte, y Tai-ana la de los tres del Sur» (1).

Más adelante, habiendo conocido á otro jefe llamado Kahu-motu, éste confirmó casi todo lo dicho por Tai-ana, respecto á las guerras y otros sucesos; pero aunque reconoció las altas cualidades de este jefe, negó que tuviera un poder igual al de Tamea-mea, asegurando que no habia más que un *arii de hoi* (soberano) en toda la isla de Owyhee, y era Tamea-mea; que si Tai-ana fuera *arii* lo hubiera sido él tambien, así como todos los jefes de igual importancia en la isla (2).

En los años siguientes de 1793 y 1794, despues de varias expediciones y reconocimientos practicados en la costa N. O. de América, volvió Vancouver á hacer diferentes estaciones en el archipiélago de Sandwich, y continuó ejerciendo su papel de mediador en las contiendas políticas que dividian á la poblacion de aquellas islas. Pero fuese obcecacion de los partidos, fuese, como parece más probable, que encontrara más ventajoso para los intereses de Inglaterra aceptar un protectorado que aseguraba la dominacion inglesa en aquellos mares, y ajustase su conducta á este propósito, es lo cierto que la paz no llegó á consolidarse, y que al fin se firmó un tratado entre el rey Tamea-mea y el marino inglés, reconociéndose aquél vasallo de la corona de Inglaterra, la cual, en cambio, se obligaba á prestar á aquel rey un decidido apoyo para vencer á sus enemigos.

Tan pronto como Vancouver abandonó aquellas apartadas regiones, trayendo á su patria, además de un tesoro de descubrimientos científicos, aquella adquisicion política, *Tamea-mea* se apresuró á emprender su obra de conquista, y envió contra las islas enemigas á su general Tai-ana; pero éste, á quien pesaba el engrandecimiento de su soberano, en vez de operar contra sus adversarios, se unió á ellos, y Tamea-mea contó un nuevo enemigo más sensible que los otros. No desmayó, sin embargo, y marchando á la cabeza de un nuevo ejército, obtuvo una série de victorias que le permitieron establecer en todas las islas su dominacion.

Mientras se hallaba ausente de su capital, el hermano de Tai-ana trató de provocar una rebelion; pero bastó el regreso del rey para sofocarla, y desde entónces se acordó que todos los jefes se incorporarian al ejército y le acompañarian á la guerra; y para dar á este decreto una aplicacion inmediata, Tamea-mea condujo todas sus huestes á la isla de Oahu, donde le aguardaba tambien el grueso de sus enemigos, confiando el mando al valeroso jefe Karai-Moku. Desde los primeros dias que siguieron al desembarco, Tamea-mea encontró al ejército enemigo en una llanura situada entre Nono-Ruru, capital de la isla, y el rio Eva. Empeñóse la batalla, que fué fatal para los rebeldes, pereciendo en ella *Ta-eo*, rey de Tanai y de Nihau. *Tai-teri*, rey de Oahu, y Tai-ana, el general traidor,

(1) VANCOUVER, *Viaje de descubrimientos*, tomo I, pág. 489.

(2) Idem, *Id. id.*, tomo I, pág. 492.

reunieron los restos del ejército en el valle de Anu-anu, cerca del pico de Pari, célebre por su inmensa altura, así como por la espantosa profundidad de los precipicios que le rodean, y visitado por todos los viajeros á causa de lo extraño del paisaje circunvecino. Tamea-mea, sin detener su marcha, alcanzó de nuevo á sus enemigos, y empeñó nueva batalla más encarnizada que la anterior. En los primeros encuentros fué muerto el rey *Tai-teri*; y Tai-ana, despues de sostener largo tiempo el choque del ejército victorioso, y cuando no le quedaban ya más que trescientos combatientes, efectuó su retirada en la direccion de Pari, llegó á la cumbre de la montaña, y no teniendo esperanza alguna de salvacion, cual otro Leonidas, se precipitó en el abismo con sus trescientos soldados, que prefirieron morir con su jefe á entregarse al vencedor.

Tal fué este guerrero célebre que, puede decirse, reunia en sí todas las tradiciones heroicas y belicosas de la raza á que perteneció. Sus actos todos, el papel que desempeñó en las contiendas políticas de su país, su inclinacion constante á ponerse en relacion con los europeos que visitaban las islas, revelan, á no dudar, elevacion de miras y cualidades de carácter que hubieran podido adquirir completo desarrollo en un campo más extenso, cual sólo podia ofrecérselo la civilizacion europea. Cuantos navegantes llegaron de aquel archipiélago á fines del siglo último, han hecho un retrato interesante de este personaje, cuyas dotes oscurecian á las del mismo rey Tamea-mea, por tantos conceptos notable. Esta circunstancia, así como el incompleto conocimiento del idioma y de la historia del país, fueron causa de que muchos atribuyeran á Tai-ana una posicion y un rango que no le pertenecia, como sucedió á las autoridades españolas que remitieron los objetos regalados por aquel jefe, á quien en sus comunicaciones dan el nombre de rey, dignidad que, segun hemos visto por los testimonios que cita Vancouver, nunca llegó á revestir el caudillo havaiano. Él, sin embargo, segun hemos visto, no perdió ocasion de procurar que su nombre y su fama llegaran á Europa, como lo prueba el empeño que mostró siempre en adquirir relaciones de intimidad con los viajeros célebres, y hacerles regalos de objetos de su uso particular, como si adivinara que, al contemplarlos un dia en nuestros museos, habia de pronunciarse su nombre y hacerse el relato de sus hazañas. Así se ha realizado en efecto; y cuando hoy se estudian en nuestro Museo Arqueológico esas procedencias oceánicas, involuntariamente se hacen consideraciones sobre la extraña coincidencia de aquella forma de cascos guerreros que, habiendo sido quizá en su origen modelados sobre los que adornaron las cabezas de los descendientes de Héctor ó de Aquiles, parece que han trasmitido las cualidades heroicas de éstos á sus imitadores, á quienes, para ser otros Héctor ó Aquiles, no faltó probablemente más que nacer treinta siglos ántes en la patria de Homero, en vez de venir al mundo en nuestros tiempos, léjos de la cultura europea, y sobre islas perdidas é ignoradas en medio del inmenso Océano Pacífico.